

muerte con profundo recogimiento en la eterna contemplación de su desgracia. Pero, débil y tornadizo, incapaz de vencer con su voluntad soberana las incontrastables fatalidades anejas á su temperamento y á su carácter, al divisar el barco ya empavesado y dispuesto, arrepintiéndose, y tornó de nuevo á presentarse ante la Reina. ¡Cuál no sería el asombro de ésta, viéndolo volver, después de haber creído en su partida! Reunió el Consejo y allí, delante de todos sus consejeros, le requirió con arrogancia para que dijese todas cuantas quejas tuviera de su esposa, y publicase los motivos ocasionales de su partida. Darnley, en vez de acusar como agraviado, balbuceó algunas excusas en guisa de reo; y tal bajeza sólo sirvió para agravar el frío desprecio de su mujer y de su Reina.

Mal temperamento el de María para soportar con grandeza verdadera una desgracia tan grande. Aquel marido por su voluntad caprichosa designado en los arrebatos de una pasión irreflexiva, llevaba su nombre con su corona, y le convenía más, como conviene siempre lo más justo, conformarse con su triste suerte á salirse de ella por el crimen. Mas algo terrible pasaba en su ánimo entonces. Abrumada por el peso de incontrastables ideas, encerrábase la infeliz en torvo y siniestro silencio. Sus días eran de una continua inquietud, como sus noches de un continuo insomnio. La tristeza trajo la enfermedad. Un dolor de costado le hería de continuo, en guisa de constante y perpetua puñalada. El hígado se le hinchaba de suerte que no la dejaba vivir. Descompusieronse aquellas facciones tan hermosas, y empañóse aquella tez tan transparente. Todo el mundo preguntaba qué sucedía en el ánimo de la Reina; y nadie daba con la clave de tamaño enigma. No era, sin embargo, difícil descifrarlo, pues no estaban la discreción y la reserva entre los dotes varios de aquella infeliz mujer. María sentíase, pues, tan triste, por haber concebido una pasión más en aquellos momentos, pasión de suyo exaltada, como todas las naturales á su alma. ¡Terrible abismo, en verdad, aquél á donde le empujaban sus torpes caprichos! Reina y jefe de un Estado, necesitaba sobreponer los intereses de éste á sus pasiones y no subrogarlos. Madre de un príncipe llamado á tan excepcionales cargos, necesitaba para educarlo ese numen que sólo brota de inmaculada pureza. Esposa de un hombre, por su propia voluntad elegido, y al hogar llamado contra el consejo de todos sus partidarios, debíale una fidelidad inquebrantable, si no por amor á él, por consideración y respeto á sí misma. Después de los escándalos célebres promovidos por sus relaciones con Riccio, este nuevo escándalo sólo podía traerle un crimen más; y este crimen más, con la deshonra el destronamiento y también el cadalso. María, cuando se sintió de aquel vértigo nuevo tomada, en vez de conjurarle y sustrarse á su nefasta influencia, buscábalo con empeño, como si le gustase á la infeliz el peligro y el borde oscuro de los más negros abismos. Cual si nunca hubiese amado, cual si no hubiera sentido allá en su interior la facilidad de cambiar de amores y de ídolos entregóse á la nueva pasión. Diríase que jamás sintiera ninguna otra en su tormentosa existencia. Y no supo qué dar al predilecto de

su corazón, al dios nuevo levantado en el oleaje caprichosísimo de sus alteradas pasiones; y se arrojó en el abismo de aquel corazón insaciable, por donde se despeñaran sin razón y sin consejo, corona, conciencia, honor, apellido, la propia suerte, la fortuna de su reino, la herencia de su hijo, la causa de su religión, la paz del mundo, todo cuanto se hallaba confiado por el destino á su consejo y á su prudencia. No han visto los siglos demencia mayor que la demencia de esta pobre mujer, á quien acusaría la Historia hoy con más acerbidad, si el castigo por la Providencia de Dios á sus crímenes infligido, no estuviera en proporción completa con su culpa. Hasta parece inocente por haber sido castigada. ¿Cómo se llamaba el nuevo amante de María? Llamábase Bosthwell. ¿Quién era? Pues era un hombre de combate. Apenas contaba entonces treinta años y tenía todos los ímpetus y todos los arrebatos de una desordenada naturaleza unidos á las irreflexiones propias de la juventud. Pertenecía el nuevo amante real á esos hombres, que sobreponen á su conciencia su voluntad, y que borran la palabra imposible de su conversación. Para lograr un objeto, lo mismo le daba desobedecer las leyes de la moral que desobedecer las leyes de la sociedad. El nacimiento lo había hecho noble, la herencia lo había hecho rico; y en aquel mundo feudal gozaba de privilegios vinculados en su familia, los cuales, con ser tan grandes y viejos, servíanle tan sólo para conseguir y granjearse otros mayores y más nuevos. Potentado ya por su nacimiento, había en sus inmensos bienes crecido por su matrimonio con Juana Gordon, una de las más ricas herederas del reino. Su valor personal rayaba en temeridad; y su falta de respetos y de escrúpulos rayaba en crimen. Ambicioso por naturaleza, cuando parecía que toda natural ambición estaba satisfecha en su ánimo, por tantos favores como le había dispensado la fortuna, ¡oh! aquel desapoderado ambicionó, en su demencia, nada menos que el trono de Escocia. Ocupado éste por una mujer tan propensa de suyo al cambio de afectos y de amantes, nada más fácil de conseguir que un rápido logro á sus intentos en las alturas de su posición extraordinaria y con los recursos y medios propios de su audacia. María Estuardo, hastiada por completo de la debilidad que aquejaba sin remedio á su marido, enamoróse perdidamente del esforzado caballero, en quien residían todas las cualidades propias del valor y de la fuerza. Quizás, por soberana, la infeliz había menester más que ninguna otra de las mujeres el apoyo y amparo de una voluntad incontrastable; y esa voluntad fortísima, de que había menester, encontrábala, resuelta, completa, omnimoda, en el ánimo de su nuevo amante. Feo, muy feo éste, la fealdad física de su cuerpo como que aumentaba las prendas varoniles de su alma. El aire caballeresco, el continente de atrevido, las maneras audaces, el valor temerario, la falta de conciencia, la sobra de pasiones, el hervor de su sangre joven, la salvaje fiereza de su temperamento sanguíneo, las sensuales costumbres, el prestigio adherido á su nombre y á su casa, las calaveradas múltiples de su juventud tormentosa, los arrebatos de su genio, el número de sus em-



presas, tantas y tantas cualidades reveladoras y demostrativas todas de la fuerza, cautivaron el ánimo de María, creída, en la soledad y desolación de sus sentimientos, que aquel hombre, de su voluntad cautivo, sería un esclavo suyo, ayudándola en tantas complicaciones como la rodeaban, á robustecer la real autoridad y á tomar desquite de sus innumerables enemigos. No comprendió María Estuardo que Reina por la naturaleza de aquellos tiempos y por la virtud de su regio nacimiento, era, por sus pasiones y por la fatalidad incontrastable de su complexión, esclava, y esclava misérrima, de todos aquellos á quienes libraba su corazón y su alma. Esclava de Francisco II en su primera juventud; esclava de Darnley, mientras lo amó por algunos momentos; esclava de un aventurero como Riccio; esclava de Bothwell, amo violento y despótico; aquella mujer, que recibiera de su nacimiento y de la herencia tan altos poderes, no había recibido el primer y más alto de todos, la propia libertad y entre sus dominios no se contaba, no, el indispensable dominio de sí misma. El nuevo favorito escocés desdeñaba el favor alcanzado por el antiguo favorito italiano, y quería otro más alto y más útil. Ya que la Reina le distinguía tanto, aspiraba, en las demencias de su ambición, al título de Monarca y esposo. Pero ¿cómo alcanzar este título sin herir y desconocer todas las leyes divinas y humanas? Él estaba casado con una rica y joven heredera; ella con un príncipe designado por su propia elección soberana y padre del niño que debía heredar la espléndida corona de Inglaterra y Escocia. ¿Cómo procederían para desatar los lazos antiguos y estrechos, sin cuya ruptura no podían los nuevos lazos atarse? ¿Apelarían á un divorcio? ¡Qué horroroso escándalo! ¿Apelarían á un crimen? Apenas puede concebirse que tal idea pase por la mente de aquellos que personifican la justicia en los Estados. Y pasa con frecuencia, como enseña la Historia. El nuevo favorito decidió saltar al trono sin que le sirviera de freno moral ninguna. Para captarse más el corazón de la Reina, peleó en las fronteras con los enemigos, sobre las armas siempre allí, recibiendo, por su causa, una herida mortal. María Estuardo, anduvo á caballo un día entero, sin descansar, tan sólo para verle media hora en su lecho de dolor, y procurarle con cariño los consuelos de una visita. Y en este largo viaje ponía enfrente, sin duda, del esfuerzo de aquel que aspiraba con tanto empeño á su mano, la debilidad irremediable de aquel que ya la tenía. Pues mientras el amante se iba por los campos de batalla en busca de la victoria ó de la muerte para servir á su señora, el marido se recluía en apartados palacios, y desde allí, amenazaba tan sólo con largos y continuos viajes. María, en su ceguera, no calculaba cuánto había puesto su propia inconstancia en la triste suerte del esposo. A consecuencia del tumulto de sus pensamientos cayó enferma; y la enfermedad tuvo tal fuerza que se halló en peligro de muerte. Al saberlo, corrió su esposo á visitarla; pero, al llegar, había cedido la inminencia de un fatal desenlace, y María estaba más repuesta. De consiguiente, la visita entre marido y mujer se redujo á una nueva entrevista y penosa, en que la misma cortesía de los respectivos ademanes

y la reserva misma del diálogo demostraban cómo se había perdido con el mutuo amor la mutua confianza. Darnley se fué por la tarde misma del día en que visitó á su esposa; y ésta, en la entrevista sintió una vez más cómo sus repugnancias iban tomando aspectos varios de odio hacia el joven á quien amara con tan exaltada pasión, aunque por tan breve tiempo. Este desvío invencible y la inclinación hacia Bothwell sentida, inclinación difícil de satisfacer legítimamente, la conturbaron muchísimo y la trajeron á mal traer desde los primeros días de su penosa convalecencia. Veíase muy enferma de cuerpo la infeliz; pero mucho más enferma de alma. Su hígado, su estómago se deshacían uno y otro en hiel; mientras en dolor su corazón y en remordimiento su conciencia. Le repugnaba el esposo y le atraía el amante. Pero ignoraba por qué caminos podía llegar hasta desunirse del uno y unirse al otro. Los asesinos de Riccio, aquellos que habían partido su propio corazón al partir el corazón de su privado, presentáronse á la Reina, y le ofrecieron sin rebozo un nuevo crimen, cual si fuesen, como ciertos instrumentos de muerte, homicidas por su organización y por su naturaleza. María, que tanto los maldijera cuando sirvieron los intereses de su marido, escuchábalos sin repulsión ahora que servían contra su marido, por medio de premeditadas asechanzas, otros intereses. Por algún tiempo acarició la idea del divorcio; pero llegó seguidamente á convencerse de que tal idea era insensata, pues había para el parentesco previa licencia pontificia, y entre los dos cónyuges el apretado lazo de recién nacido infante, llamado por decretos del cielo á reinar sobre Inglaterra y Escocia. Los asesinos de Riccio se dirigieron á Bothwell, y con él pactaron la gran maldad inspirada por todas aquellas locuras, el asesinato de Darnley. En esto los asesinos de Riccio, que sólo habían visto á la Reina en secreto, fueron pública y solemnemente indultados. Al saber tal resolución el Rey, sintió todas las amenazas que se condensaban sobre su cabeza, y se recluyó, cada vez más solo, y se fortaleció, cada vez más sombrío, en su retiro de Glasgow. Allí le sobrevino una enfermedad terrible, por causa de la cual estuvo en trance también de muerte. Esta enfermedad resultó luego la viruela, y pasó con rapidez, por razón indudablemente de su misma violencia. No estaba repuesto aún, cuando le anunciaron, extraño caso, la visita de su mujer. En efecto, María se personó en casa del Rey, sorprendiendo, y extrañando mucho á éste que tanto la conocía y que no ignoraba cómo la poseían lo mismo sus amores que sus odios y sus repugnancias. La extrañeza del Rey debía crecer sabiendo que la Reina en aquellos días acababa de escribir una carta célebre á un magnate ilustre, acusándole de conspirar contra su autoridad y de querer hasta robarle su hijo. Así es que la Historia implacable atribuye aquel acto de piedad incomprensible á dolo y á traición. María se presentó solícita en el palacio de su esposo para tomar de él nuevamente posesión y entregarlo maniatado á sus enemigos. Darnley la idolatraba con ciega idolatría, sobre todo, como ya hemos dicho, desde que se vio aborrecido. ¡Oh! Tan seductora sirena le cogió en sus brazos y lo tuvo siempre por



juguete y por víctima. Darnley la quiso todo cuanto pudo quererla. En la misma confabulación criminal contra Riccio habíase mezclado su deseo de conservar sus prerrogativas de Rey sobre la tierra escocesa y sus derechos de marido sobre María Estuardo. En cuanto ella le habló con cariño, le sedujo con facilidad. El joven y cuitado príncipe no pudo resistir á los deseos que despertaba en su ánimo el mirar de aquella mujer y el aroma de su aliento voluptuoso. Reconvínola dulcemente, con esas reconvenciones del amor, cuyas quejas tanto á cariño se parecen. María se abandonó completamente á las exigencias de su infame traición y prometió con los labios lo que no podía cumplir su voluntad; reanudar la vida común y compartir el tálamo y el trono. Darnley se volvió loco de alegría con aquella palabra de amor; y propuso no volver jamás á separarse del tálamo nupcial. Pero María le dijo cuánto importaba tener oculta la reconciliación en espera de dos cosas: primera, el desarme de ciertos Lores airados; segunda, el restablecimiento completo de aquella salud, tan cara é indispensable á la felicidad de los dos.

Volvióse la Reina, desde aquel retiro donde había engañado tan torpemente á Darnley, hacia el regio palacio; y volvió acompañada de un espía, puesto á su lado por Bothwell, quien diariamente se informaba por este medio de todo cuanto la Reina pensaba y hacía. En aquellas nefastas edades, como no podía faltar junto al Rey el bufón que lo divertía, tampoco faltaba el esbirro que lo seguía y espiaba. La naturaleza de la sociedad humana es tan repulsiva de suyo al despotismo, que concluye por esclavizar siempre, más que á nadie, al déspota como en desquite de la esclavitud general. Así un Rey del siglo décimosexto estaba rodeado siempre de traidores espías, los cuales mirábanle al rostro para sorprenderle sus más secretos pensamientos, cuando no podían oírlos de sus propios labios. Y los esbirros no espían solamente, mataban también. Con igual facilidad apercebían un veneno que afilaban un cuchillo. De aquí tantas tentativas de asesinato y tantos homicidios perpetrados en la esclavitud universal. No hay sino recordar los nombres de los asesinados en los conflictos religiosos para ver todos los horrores de la época: Enrique III muere á manos de un fanático y á manos de otro fanático Enrique IV. Los Guisas caen heridos por la superstición protestante, y los Colignys y los Oranges por la superstición católica. Un Pontífice, tenido por santo, no duda en ponerse á la cabeza de una conjuración urdida para matar á Isabel de Inglaterra. Y los primeros lores de Escocia entraban, como en el asunto más natural y ordinario, en la trama de asesinar á un Riccio. El bravo, el espía, el esbirro, el bufón formaban parte integrante de aquellas cortes, y eran materia indispensable para la vida de aquellos Reyes y el esplendor de aquellos palacios. Así, el nuevo amante de la Reina, había de tener por necesidad un esbirro al lado de su amada. Era éste un francés conocido con el apodo de *Páris* y llamado Hubert. Su presencia junto á la Reina jamás faltaba como una prenda de comunicación y al mismo tiempo de seguridad en sus criminales relaciones. *Páris* acompañó á María desde su palacio al palacio

de su marido así como en el inmediato regreso. Y después de volver, fuese al lugar donde se hallaba Bothwell, por la Reina expedido y por éste ardientemente deseado. María comunicó á *Páris*, á fin de que *Páris* á su vez lo comunicara al amante, cómo había visto el corazón de Darnley derretirse á sus miradas cual cera blar disima, mientras ella procuró dar á su propio corazón la dureza del diamante. Hay en todo esto una perfidia tal, un disimulo tan negro, unos embustes tan deshonorosos, que la propia conciencia de María, con hallarse tan profundamente callada é inerte, se rebelaba y temía su corazón perder la estima del hombre de quien era ciego y criminal instrumento. Tantos horrores sublevarán contra María Estuardo el juicio universal de los siglos. No se olvidan los deberes más rudimentarios, los afectos más naturales é íntimos, las leyes de la conciencia pública, la fidelidad inquebrantable á un esposo debida, el respeto al propio nombre, la honra de los hijos, los sentimientos de la familia, los escrúpulos del honor sin recibir un condigno castigo, tan perdurable como el tiempo, en los hondos infiernos de la historia. ¡Cómo se dirige María Estuardo, qué siniestramente, á su esposo, y lo coge y aprisiona dentro del mismo amor que inspirára ella: negra y terrible traición, tanto más odiosa cuanto más se vale de afectos tiernos y legítimos! María necesitaba para el logro de su pasión desapoderada y horrible dos víctimas propiciatorias; la mujer de su amante y su propio marido; de suerte que sus pasiones se satisfacían como los instintos de las fieras, sin mirar á las víctimas, ni detenerse ante ningún remordimiento, como quien cumple fatal finalidad. Véase, pues, á sus propios ojos rebajada, y con vivos remordimientos en las más hondas intimidades y entrañas del espíritu, al verse fautora de aquella obscura traición, encaminada siniestramente á la muerte del hombre con quien compartiera la vida, y á cuyo amor debía un heredero y un hijo. Oíasele frecuentemente, después de profundas meditaciones, que dentro de su propio espíritu la encerraban y absorbían, decir, como por máquina y suspirando, «que Dios me lo perdone». Mas no habría justicia en el cielo si Dios pudiera perdonar tanto crimen. Nunca, en período alguno de su historia, María Estuardo aparece tan repulsiva de suyo á la conciencia humana, como en este horrible incidente de su historia. Conciliarse con aquel hombre, que, al fin y al cabo, la idolatraba; servirse de sus pérdidas gracias para dominarlo nuevamente y rendirlo á sus pies; ofrecerle tálamo y trono, cuando le preparaba la muerte y el ataúd; dementarlo con sus caricias embriagadoras para conducirlo más seguramente al matadero, ¡ay! es una maldad tan profunda y tan excepcional, que no se halla, ni en los mayores criminales y más execrados por la humana conciencia. Comprendíalo así ella con la penetración propia de su agudo ingenio. Además, de vez en cuando, la conciencia se alzaba como un sol pálido y desmayado, pero al cabo como un sol, en las tinieblas de su alma, é iluminaba los espectros de sus remordimientos, y entonces comprendía todo el horror de cuanto se tramaba; y horrorizada, quería retroceder, sin que retrocediese al cabo, por no poder seguir